

# En Canoabo está el alma de Vicente Gerbasi

Hace tres años, Vicente Gerbasi abandonó estos predios sublunares para fundirse con la poesía. Si como lo afirma en este texto Rafael Arraiz Lucca, su alma mora en el paraíso de Canoabo, desde allí ha de estar, alentando, la poesía de los hombres buenos, en este o cualquier otro lugar

RAFAEL ARRAIZ LUCCA

## A Virginia Betancourt Valverde

Recuerdo poquísimos domingos en la tarde a lo largo de mi vida. Uno es el de Vicente. Tan ingrino como el retrato que me hizo mojado los dedos en vino con ceniza. Soy yo y estoy colgado en la pared del cuarto de mi hijo Cristóbal. Este privilegio ocurrió un mediodía en un restaurante de Las Mercedes con su inseparable amigo Francisco Pérez Perdomo. Comparábamos en esa época la misma casa.

Abajo la Revista Nacional de Cultura y arriba la revista Imagen. Nos frecuentábamos a diario. Yo acudía a él con la certeza de que mis pasos me llevaban hasta un hombre grande. Un poeta, un hombre acostumbrado a beber en el pozo humilde de las palabras. La alegría, la amistad, la amabilidad, la buena voluntad, en tres palabras: la inteligencia bondadosa se sentaba allí todas las mañanas. Luego se iba con un sombrero blanco bellísimo que le daba un aire de ingenua elegancia.

Su obra poética, abundante, se inicia con Vigilia del Náufrago (1937) y concluye con el libro póstumo Los Oriundos del Paraíso (1994). Más de veinte títulos en casi sesenta años de publicación de sus textos. Los estudiosos de su obra coinciden en señalar a dos de sus libros como los más importantes. Me refiero a Mi Padre, el Inmigrante (1945) y Los Espacios Cálidos (1952). Ciertamente, son dos poemarios centrales de la poesía latinoamericana. A mí me entusiasma particularmente el largo canto a su padre. No sólo por la factura impecable, sino por el logro estructural. Es un poema redondo, logradísimo. Resume una experiencia universal: el europeo que llega a América y hace el inventario espiritual de lo que sus ojos y su alma registran. Si la nuez de la poesía es la imagen, la mirada, allí está ella como un relámpago (para echar mano de un fenómeno que fascinaba al poeta). Mi Padre, el Inmigrante comienza y termina con la constatación de la muerte. Y este acontecimiento inevitables es el eje sobre el que gravita toda la vida y la obra (es lo mismo) de Gerbasi. Cris-

tiano como era, no dejaba de estremecerle el misterio de la vida y la incertidumbre del más allá. Pero sobre todo el canto a la existencia que es su obra, es testimonio de su alegría de vivir, de allí que la nada, la muerte, lo acercara unas veces al miedo y otras a la melancolía.

Los Espacios Cálidos quizás sea el poemario donde mejor brilla el deslumbramiento mágico frente a la naturaleza. Allí, la mirada cándida y profundísima del poeta compone con armonía extraordinaria sus viajes. Respira a sus anchas la edad privilegiada del poeta: la infancia. Allí Gerbasi logra rescatar su propia mirada: es un niño el que ve, el que columbra. Esta es la semilla del bosque que el poeta logra sembrar: Un hombre desnudo mira el mundo por primera vez, como un niño. Destaco los poemas: "Te Amo, Infancia", "La Casa de mi Infancia", "En el Fondo Forestal del Día" y "El Leopardo".

Si al señalar estos dos libros olvidáramos algunos otros, estaríamos cometiendo un desafuero. A partir de Edades Perdidas (1981) el poeta se acerca a un acantilado desde donde se divisa el océano. Le siguen Los Colores Ocultos (1985), Un Día muy Distante (1988), El Solitario Viento de las Hojas (1989), Iniciación en la Intemperie (1990), Diamante Fúnebre (1991) y Los Oriundos del Paraíso (1994). En estos siete poemarios el poeta va acercándose cada vez más a una suerte de nuez del habla. Las palabras más claras, las imágenes más directas. Tan así fue que los editores diseñaron dos de estos poemarios con ilustraciones que le hacen guiños a los más pequeños. Alguna vez le oí manifestar su extrañeza por estos procedimientos, y para atenuar su desazón, le comenté que no estaba mal buscar otros lectores entre los niños. No le disgustó la sugerencia. En todo caso el propósito (o la confusión) de los editores algo nos está revelando. No es otra cosa que la decisión del poeta de irle quitando cortezas a un árbol hasta llegar a la más blanca, a la más tierna. En una aproximación a su poesía, hace ya varios años, titulé "Gerbasi Dibujante" el mínimo ensayo. No me arrepiento de haber indicado su afición (y su formación) por las artes



Gerbasi: mirada picara, gesto de niño abuelo. (Foto Enrique Hernández D'Jesús)

plásticas como algo determinante en su obra creadora. Gerbasi, no sólo dibujaba con gran sentido de las proporciones, sino que bastaba ver cómo combinaba su ropa para saber de su buen gusto, de su cercanía con el lenguaje del color. No podemos dejar a un lado un hecho capital en su vida: cursa bachillerato en Florencia. Sus padres, haciendo un gran esfuerzo, lo envían desde su Canoabo natal a Italia. Allí reside hasta el momento en que muere su padre y decide regresar a Venezuela. Juan Bautista Gerbasi deja de existir en el país al que emigró abandonando Vionati, al pie de los Apeninos.

No dudo que la formación florentina del poeta le haya labrado no sólo el sentido de la armonía, las proporciones y el color, sino algo que en sus últimos libros afloró persistentemente: la economía de medios. Mientras menos trazos se requieran para transmitir lo que los ojos ven, mejor. Quizás, la breve majestad de Ungaretti, de Montale, quizás la humildad de los ruegos mínimos, quizás la sospecha de que la abundancia puede esconder un tesoro, lo hayan empujado por este camino. El encantamiento ante el mundo, que se manifiesta desde el comienzo de su poesía, ahora encuentra cauces menos anchos, pero no menos intensos. Su perplejidad frente a la relojería exacta del Universo se ahonda en su camino hacia lo ingrino, lo escueto:

"Mi memoria está en el agua pantanosa de la iguana que abre los ojos en una era sudorosa del mundo"

Así se expresa en "Cosmos", el poema que abre Edades Perdidas, mani-

festando una vez más su perplejidad ante el misterio del Universo. Y es que la dilucidación del misterio es otra de las obsesiones que dispara la obra creadora de Gerbasi. Es como si el poeta buscara en la conducta del leopardo la explicación de sus fiebres, es como si en el paso del viento por entre los árboles o en la lluvia sobre los naranjales anidaran las respuestas a muchas de sus circunstancias vitales. En el fondo, el poeta busca la palabra de Dios en la naturaleza e intuye que el misterio es la expresión de una cifra incomprensible de la divinidad.

Con Consuelo Orta, formó una familia que lo acompañó en múltiples avatares. Desde sus funciones como asesor en decoración, cuando la mandíbula de la dictadura perezjimenista apretaba, hasta los salones del agregado cultural y el embajador. Bogotá, Haití, La Habana, Israel, Dinamarca, Polonia, fueron algunos de los destinos diplomáticos de los Gerbasi. Fernando, Beatriz y Gonzalo se mudaban de país en país con sus padres, hasta que el año de 1971 dejaron de hacer y deshacer maletas. Desde entonces y hasta el final de sus días, el autor de Diamante Fúnebre, estuvo al frente de La Revista Nacional de Cultura. Muchos años antes había sido secretario de redacción de la misma revista, cuando la dirigía Mariano Picón Salas. Estos retornos en distintas condiciones le tocaron varias veces al poeta. El año de 1992 estuvimos juntos en Bogotá.

Allí regresaba Gerbasi, casi cuarenta años después, en su condición de padre del embajador de Venezuela en Colombia. Allí fuimos testigos de la devoción de los hijos de Gerbasi por

su padre, la misma que él había profesado al suyo:

"A veces caigo en mí, como viviendo de ti, y me recojo en una tristeza inmóvil, como una bandera que ha olvidado el viento.

Por mis sentidos pasan ángeles del crepúsculo y lentos me aprisionan los círculos nocturnos.

Venimos de la noche y hacia la noche vamos.

Escucha. Yo te amo desde un reloj de piedra, donde caen las sombras, donde el silencio cae."

Otras dos obsesiones se suman a las que hemos enunciado. Me refiero a la noche y a Canoabo. La primera cunde en su poesía, por su poder encantatorio. Es el tiempo natural del misterio. Son las tinieblas las que alimentan la curiosidad por un mundo que no se entrega fácilmente. La persistente indagación del poeta en los espacios en sombra nos ha regalado poemas memorables.

"Los silencios oscuros donde brillan los escarabajos, la pupila cálida como un rencor donde se incendia un pino, el miedo de la ardilla en medio de los ojos,

un relámpago en el fondo fluvial de la memoria,

He aquí un instante para convertirme en un poco de noche, en un estancamiento de insomnio estelar.

Las oscuridades en el agua me dan espacios inconclusos, joyas palpantes, lampadarios de moradas nupciales.

Flotan telas en el viento de la sombra, y alrededor suenan fuentes de bocas aborígenes, aguas hacia el fondo donde la luz se agota,

donde un eco recomienza viniendo de nosotros.

La noche avanza como un palacio sin fondo".

Pero la noche no sólo opera como el espacio de lo mágico y lo misterioso, sino que le brinda al poeta dos piedras preciosas: la soledad y el silencio. Estas dos situaciones son muy valoradas por Gerbasi. Encuentra en ellas la posibilidad de acceder a las revelaciones. Es como si solo y en silencio el hombre pudiese acercarse más y mejor al rostro de la verdad.

Así es como la nocturnidad provoca una suerte de fascinación múltiple en el poeta. La notable capacidad me-

tafórica de Gerbasi, sus recursos mágicos, la sedimentación de imágenes surrealistas y, en suma, la otra realidad que va creando con sus versos está presente con fuerza en sus poemas de la noche. Especialmente en ellos afloran sus brotes oníricos, sus demonios, su infancia, en una sola palabra: Canoabo. Este pueblo de la niñez y esta región agresta resumen todo un universo creativo. Es casi una palabra mágica para el poeta. Articula casi toda la materia de la que está construido el templo Gerbasi:

"Vi el día más oscuro de la lluvia del trópico que desde hace millones de años cae en los ramajes de mis sentidos.

Le pregunté a mi madre cómo era la Tierra y me dijo que era redonda como una naranja y que giraba en el cielo. Pensé entonces

Por qué en algunos tétricos rincones de las casas caminaban horribles cucarachas sin alas.

En el estanque del jardín vi mi rostro entre hojas y pájaros profundos, mientras la Tierra giraba en el cielo como una naranja"

Es evidente que el decir gerbasiano fue depurándose hasta llegar a una limpieza notablemente rica. Su viaje no fue el del que desaloja una casa hasta dejarla muda, fue el viaje del que sólo amuebla la casa con las cosas más poderosas. Lo que está allí es lo que tiene mayor fuerza simbólica, mayor lujo conceptual, mayor ímpetu evocativo. A diferencia de algunos de sus lectores, que echan de menos la fiesta verbal abundante de la primera parte de su obra, a mí me entusiasma la ruta que tomó el poeta. Desde hace mucho admiró la operación del pintor chino frente a la hoja en blanco. El creador aguarda a que la obra le crezca adentro y al sentirla plena la ejecuta en pocos segundos. Esa suerte de meditación hondísima y paciente del pintor frente a su espacio, es similar a la que Gerbasi acomete con su poesía última. A esto llegó al final de una vida de atenciones a los mensajes del corazón. Le abrió las puertas galantemente a sus voces interiores, hasta que la suya, la más suya, se apoderó de su garganta y cantó hasta el respiro final. Vicente Gerbasi tocó siempre las puertas del Señor y éste lo supo. Ahora su alma pertenece a Canoabo: Dios quiso devolverle el Paraíso.

EL UNIPERSONAL, 28 DIC. 1995